

El honor cuenta

Marino Millán Moscoso

Image not found.

Capítulo 1

EL HONOR CUENTA

De un suntuoso auto deportivo convertible, de dos puertas y de color azul intenso, descendió frente a una mansión de arquitectura medieval un hombre maduro, no mayor de cincuenta años, tez blanca, mediana estatura, un tanto pasado de kilos, con rostro angustiado.

Había traspasado el portón principal después de que dos hombres armados lo anunciaran al interior de la fortaleza desde un radioteléfono. El visitante de zapatos blancos, pantalón rojo y una colorida camisa de corte y estilo hawaiano, exhibía en su cuello una gruesa cadena de oro, en su muñeca izquierda un reloj dorado marca Rolex, y en la derecha una pulsera de oro blanco, donde resaltaba su nombre escrito con relucientes incrustaciones de diamante.

Eucario Fiorillo era su nombre de pila. Por más de veinte años estuvo vinculado a una prestigiosa empresa papelera en funciones administrativas, y su retiro obedeció a que sus dos hijos varones comenzaron a incursionar con éxito en actividades ilícitas. Era la época, la del auge de la cocaína en América.

Bolivia, Ecuador, Perú y Colombia, plantaban, procesaban y distribuían el alcaloide a los Estados Unidos por vía aérea y marítima, con escalas en Cuba, Bahamas, Costa Rica y México. Las ciudades de Los Ángeles, Miami y New York se convirtieron en un codiciado mercado entre los diferentes carteles de la droga, que iniciaron la competencia con calidad de producto y posteriormente con precios.

Eucario se caracterizó por ser un ferviente fanático del fútbol, especialmente del brasilero, siendo esa la razón por la que bautizó a sus vástagos con los nombres de: Clodoaldo y Rivelino, dos insignes figuras de aquella selección Brasil ganadora del título mundial de México en 1970.

Luego de atravesar un inmenso jardín donde destacaban tres pavos reales, dos sujetos pertenecientes a la seguridad del lugar lo requisaron de pies a cabeza antes de ingresar a la mansión, a la cual penetró en compañía de otros tres hombres igualmente armados. En el extenso recorrido por los empedrados pasillos, Eucario transpiraba y resoplaba como si corriera el maratón de San Silvestre de Sao Paulo, el 31 de diciembre.

¿Con quién se entrevistaría? ¿Por qué su angustia y palidez? ¿Qué lo

llevó a esa mansión medieval? ¿Cuál era su drama?

Clodoaldo tenía treinta años y Rivelino veintiocho, eran apuestos, rubios, de ojos claros, buena estatura y cuerpos atléticos. Más que un padre, Eucario era el mejor amigo de ellos. Bromeaban, realizaban bacanales en compañía de hermosas mujeres, parrandeaban todos los días y hasta consumían cocaína como si fueran extraños y no familia. En todo evento, lugar y situación se les veía juntos, eran una sola carne. Así eran y así se les conocía a los Fiorillo.

La esposa de Eucario, Amparo, fue asesinada cuando Clodoaldo y Rivelino aún eran niños y sucedió durante un atraco a la residencia familiar por unos maleantes, aunque las malas lenguas aseguraban que fue su esposo quien le quitó la vida al sorprenderla en un acto de infidelidad con uno de sus compañeros de trabajo. La historia nunca fue alterada.

Clodoaldo el mayor, era ostentoso y engreído. Se creía don Vito Corleone, el ficticio personaje de la célebre novela El Padrino, del escritor norteamericano Mario Puzo. Su indumentaria era refinada y agregaba una bufanda a su cuello y unos guantes negros de cuero que retiraba de sus manos al ingresar a los centros nocturnos, los que entregaba a uno de sus esbirros despectivamente. Su hermano Rivelino, era más popular, más dado al común de la gente que los admiraba y respetaba por su poder económico y generosidad.

La corte acompañante la componían unos diez sujetos. Ellos revisaban previamente restaurantes, teatros, discotecas y cuanto lugar visitaban. Los presentes se enteraban previamente de su llegada por la conocida parafernalia. No obstante eran muy queridos, pues ayudaban a una buena cantidad de amigos, a quienes "llevaban" en sus envíos con dos, tres o cuatro kilos de cocaína sin costo adicional.

La línea de transporte de los Fiorillo era la más efectiva de la época. Todos los jueves las tulas repletas de droga partían en la sección de carga en un vuelo comercial de una aerolínea norteamericana, que tiempo después fue cerrada al ser descubierta en sus operaciones delictivas. La mercancía llegaba el mismo día de su envío, siete horas después de ser despachada sin ningún contratiempo. La operación era considerada nítida y el dinero con las utilidades respectivas se entregaba a los beneficiarios a la semana siguiente, cuando los demás se tardaban hasta tres meses en liquidar las ganancias. Eran los reyes del turbio negocio, dignos de toda pleitesía. Nada que hacer, ni que discutir.

Clodoaldo estuvo casado durante cinco años con Marisela, una hermosa modelo con quien tuvo a Ricardo su único hijo. Se divorciaron por las infidelidades del desafortunado marido, quien le sentenció que, nunca más podría rehacer su vida conyugal con nadie y quien se le acercara,

fuera quien fuera, lo borraría del planeta.

La advertencia fue considerada por la dama durante un corto tiempo, pues seis meses después accedió a los galanteos de Emir Saldaña, un adinerado propietario de moteles, quien una noche fuera detenido por una espuria patrulla de la policía, que lo acribilló a bala causándole una muerte instantánea. El crimen quedó impune.

Rivelino era soltero, de muy finos modales y sin que nadie lo supiera, bisexual. Perseguía mujeres casadas de simpáticos esposos. El poder del dinero le permitía acercarse a jóvenes parejas, que cautivaba con invitaciones a sitios lejanos de sus alcances económicos. Les convidaba a sus fincas, a montar caballos de pedigrí y a exóticas islas del Caribe, donde terminaba haciendo el amor con los dos. Era un maestro de la seducción de parejas, algo así como: «El señor de los tríos».

Eucario el padre, prendaba a menores de edad. Buscaba en los barrios bajos a niñas de catorce, quince, o dieciséis años, las que engatusaba con sendos regalos de ropa y calzado, dinero para sus padres y hermanos y las pervertía sexualmente. Les regalaba motos y bicicletas de lujo consiguiendo silenciarlas. Más de una virgen pasó por su lecho y a su vez las prostituyó. Los Fiorillo vivían la vida a su mejor estilo y manera, tal como les venía en gana.

Eucario Fiorillo ingresó al despacho de Eliecer "Polilla" Gonzáles, el dueño de la mansión, quien lo esperaba sentado frente a un escritorio de cedro forrado en cuero café; sobre el cual reposaba un cuchillo de cacería y no una pistola o ametralladora. El hombre consideraba que era más dolorosa una muerte con arma blanca que a fuego, por lo que acuchillaba a sus enemigos destinados a morir.

En una de las paredes se observaban obras de arte originales de reconocidos pintores. En otra, una colección de antiquísimas armas de fuego, sables y una gran variedad de cuchillos pertenecientes a épocas pretéritas.

Era alto, delgado, de cara alargada, cabello negro, cejas pobladas y brazos velludos. De mínima sonrisa y mirada intimidatoria y asesina.

Eucario tembloroso y amedrentado fue hasta él con suma reverencia.

—Señor, gracias por recibirme —dijo bajando la testa.

—Sin protocolos ni zalamerías, dígame qué necesita, estúpido cobarde —ripostó Polilla.

Eucario se hincó ante su presencia.

—Quiero pedirle que respete mi vida. Sé que va a matarme y yo no he hecho nada contra usted, fueron ellos. Mis hijos ya pagaron por su error y eso es suficiente. No me mate por favor —Suplicó Eucario arrodillado y llorando.

Polilla lo miró con odio y desprecio.

—Eres una mierda. No debiste ser parido sino cagado. Debería matarte por vender tu honor, el honor de tus hijos. Te dejaré vivo para que pagues tu cobardía. Dios, a quien no conozco, se encargará de ti. Lárgate de mi presencia, rata de muelle —gritó Polilla atiborrado de rencor.

Agradecido y apocado, el padre de los Fiorillo abandonó la mansión que estaba situada en la afueras de la ciudad en un recóndito lugar. Había conseguido salvar su vida a costa del desmedro y la humillación.

Eliecer "Polilla" Gonzáles, era el más grande narcotraficante de la época. El dueño de todo el mercado en América, sin su consentimiento no podía moverse una hoja o un gramo de coca. Era el más "tal de todos los tales" y Clodoaldo y Rivelino, habían intentado saltarlo y robarlo. Tremenda e irreparable cagada en ese mundo donde la vida es el garante.

El éxito de los envíos de los Fiorillo era tal, que un emisario de Polilla fue hasta ellos solicitando a nombre de su patrón cupo para cien kilos, que por aquellos días se vendían a veinticinco mil dólares en New York, es decir: dos y medio millones de los verdes. Acordado el valor del flete, se recibió el cargamento y fue lo único que se envió el jueves de la siguiente semana.

Dos semanas después, el mutismo de los Fiorillo alteró la paciencia de Polilla cuando fue informado de que su "merca" había caído en manos de las autoridades norteamericanas. Tremenda falsedad según sus contactos. Los hermanos no respondían teléfonos y se hicieron difíciles de localizar. Un nutrido grupo de sus sabuesos dio con el paradero de Clodoaldo, el responsable directo de las operaciones. El mayor de los Fiorillo fue puesto en su presencia luego de ser sacado de su escondrijo.

—Bueno joven, usted es bobo o la ropa le queda grande. Diga —fue el saludo de bienvenida del capo.

Fingiendo serenidad y aplomo, Clodoaldo respondió.

—Para nada señor. Tuvimos un accidente y pensábamos comunicarnos con usted cuando solucionáramos la situación, de hecho estamos en eso.

—Pues la información que me dan desde las "torres" (así le llamaban a New York) es que mi mercancía está circulando en gramos en Queens.

El mayor de los Fiorillo palideció. Polilla estaba bien informado. Cuando intentó responder, el capo se montó en la palabra.

—Escúcheme bien “pichón de hombre”. Le doy cuarenta y ocho horas para que me entregue el dinero o la mercancía, y allá, no aquí. O prepárese para dormir con los peces, como dicen los sicilianos.

La advertencia era más que una amenaza, era una sentencia de muerte.

Padre e hijos se reunieron a ventilar el conflicto. La soberbia y avaricia de Clodoaldo, superaron la razón, decidiendo plantearle la guerra a Polilla. Sumaron hombres a su seguridad, adquirieron un sofisticado armamento y equipos de comunicación. Solicitaron el apoyo de otros narcos, que conocedores de la acción deshonestas de los hermanos, denegaron toda solidaridad. No había razón para cazar una guerra que no les correspondía, puesto que no se habían lucrado de la sucia maniobra.

Un sábado muy de mañana, Clodoaldo tomó carretera hacia otra ciudad donde participaría en una carrera de motociclistas. La velocidad era su mayor afición y en su casa tenía un cuarto exclusivo con todos los trofeos ganados en diferentes competencias de autos y motos.

Detrás de su veloz auto deportivo, le escoltaban ocho hombres fuertemente armados, portando granadas inclusive. Por costumbre cuando tomaba carretera abierta, aceleraba tanto que se distanciaba en extremo del vehículo que transportaba a sus custodios. Luego, se detenía, los esperaba y proseguían el recorrido.

En uno de sus enviones no se percató de que un retén de policías detuvo a los escoltas quienes descendieron del automotor en actitud pasiva, siendo sorprendidos por una ráfaga de plomo que los ultimó a todos. El retén era falso y la procedencia no requería averiguación.

Clodoaldo se detuvo a esperarlos como acostumbraba. Extrañado por la demora y pensando en algún desperfecto mecánico, giró y retornó a encontrarse con ellos. Al apreciar el retén a la distancia y el auto detenido, se acercó para negociar con los policías creyendo que seguramente por el armamento no les permitían continuar su marcha. Al detenerse alcanzó a apreciar en el asfalto los cuerpos sangrientos de sus hombres. Bajó presuroso y desarmado corrió buscando internarse en el bosque que bordeaba la carretera. Las armas de largo alcance de los falsos policías impactaron ocho veces en su espalda, cayendo sin vida sobre la espesa pradera.

La noticia de la muerte del mayor de los Fiorillo y su grupo de escoltas trascendió de inmediato en los medios de comunicación a pesar de ser fin de semana y víspera de festivo. El levantamiento de los cadáveres y las autopsias de rigor en la morgue, solo permitieron que, en la tarde del lunes festivo, el féretro de Clodoaldo Fiorillo reposara en la funeraria. No fueron muchos los dolientes que comparecieron a dar sus voces de

condolencia a Eucario y Rivelino, temiendo por alguna retaliación de parte de Polilla. ¿Qué el atroz crimen había sido perpetrado por él? era un secreto a voces en el hampa criolla.

En un rincón de la funeraria sentado en una confortable silla, Eucario lloraba la muerte de su muchacho. Después de veinte años de haber abandonado el hábito de fumar, un cigarrillo encendido aspiraba con desespero a causa del dolor y la impotencia.

Pasada la media noche no más de diez personas acompañaban a los deudos. Rivelino como fiera enjaulada caminaba de un lado para otro apretando entre sus dientes una bala y murmurando: "Esto te va a saber a cacho quemado. Polilla, ¡perro!". Ignorando que las paredes tienen oídos.

Fue así que como a eso de las cuatro de la madrugada del martes, cuando dormía en su departamento, drogado y borracho en compañía de una jovencita solidaria con su pena, un comando integrado por seis hombres asesinó a los dos porteros del edificio donde residía. Ascendieron al noveno piso, masacraron a tres de los escoltas que cuidaban el pasillo, violaron la cerradura y balearon sin misericordia a la pareja utilizando pistolas con silenciador. Las manos de Rivelino fueron perforadas por múltiples proyectiles en señal de haber intentado proteger su rostro. En cuarenta y ocho horas los dos hijos del viejo Eucario habían sido violentamente asesinados.

Los allegados le recomendaron al padre esconderse hasta conseguir ser recibido por Polilla para buscar su perdón, porque estaban seguros de que él seguía en la lista. Así lo hizo y ni siquiera pudo acompañar a sus hijos a su última morada, el cementerio.

Luego de ser indultado y de resarcir económicamente a Polilla por el perjuicio causado por sus hijos, Eucario avergonzado por haber negociado la muerte de sus hijos para preservar su vida, se retiró de toda actividad criminal estableciendo residencia definitiva en una de las fincas de Clodoaldo dedicándose a los cultivos y a la ganadería.

Contrató a un joven matrimonio de humildes campesinos como mayordomos. Samuel, un chico de veinticinco años le colaboraba en todas las labores de sembrado y ordeño de las vacas, mientras Elvira, la esposa, una chica de dieciocho años lavaba sus ropas, aseaba su aposento y cocinaba sus alimentos.

Un año después del ajusticiamiento de sus hijos, Eucario había recuperado su sabor, como él lo decía. Volvió a sonreír, a escuchar música y a tomarse sus buenos amarillos (whisky). En una de sus alegres noches, convidó a la pareja de mayordomos a compartir a la luz de la luna un asado preparado por él. La pareja se sintió distinguida por el patrón y

accedieron a la tenida.

Samuel, nada habituado al consumo de licor, se embriagó rápidamente quedándose dormido sobre el césped. Elvira un tanto mareada, accedió a acompañar a Eucario a su dormitorio quien manifestó sentirse ebrio.

Ya a solas en su alcoba, el viejo comenzó a besuquearla y aprovechando su estado de embriaguez la desnudó, la llevó a la cama y comenzó a hacerle el amor. La chica era joven y bonita, mal hablada, pero eso no le importaba en absoluto al viejo. Estaba dentro de su grupo objetivo y eso era más que suficiente.

En su desenfreno, Eucario no se percató de la recuperación de Samuel, quien al despertar se vio solo, yendo en busca de su esposa a la casona donde habitaban, no la halló y se dirigió hasta el dormitorio de su patrón, encontrándose ante lo menos imaginado. El viejo copulaba con su mujer.

En silencio tomó uno de los afilados machetes con que podaba los árboles de la finca, se lanzó sobre la espalda del papá de los Fiorillo picándolo en mil pedazos. Su esposa estaba prácticamente inconsciente por lo que no procedió contra ella, entendiendo que se trató de un abuso a alguien fuera de sus cabales. La tomó entre sus brazos y la llevó hasta su lecho matrimonial. Al sangriento cadáver de Eucario le mutiló el pene y testículos, los que arrojó a los perros de la finca. Llamó a la policía y se entregó voluntariamente como responsable del cruento asesinato.

El honor cuenta, no solo para los adinerados y poderosos, también para los humildes y desvalidos, así se pase el resto de la vida tras las rejas de una prisión.